

fértiles y grandiosos, alpes sublimes y lagos encantadores. Pero al atravesar el Alto Marne, en el camino de París a Basilea, me detuve unos días al lado de mis abuelos, e hice, con un erudito y excelente camarada de la infancia, José Legrand, de temporada en su casa de campo de Bourmont, una peregrinación a Domrémy, a la casa natal de Juana de Arco.

XXV

La casa de Juana de Arco. — Domrémy. — El Mosa. — Viaje a Suiza. — Los enemigos del ideal : Arturo Ranc y Pascual Grousset. — Un gran talento desconocido : Carlos Cros. — Allix y los caracoles simpáticos. — Escándalo literario en el Instituto de Francia : Miguel Chasles y sus autógrafos. — Conferencias en Bélgica. — Sorpresas de la electricidad.

Domrémy se encuentra a 23 kilómetros de Bourmont : es una visita de vecindad y las relaciones son bastante frecuentes. Me acuerdo que cuando se querían plantar alcachofas en la huerta de mi abuelo, se iban a buscar al jardín de la casa de Juana de Arco, donde tenían la reputación de ser excelentes. El trayecto de Bourmont a Domremy es encantador, atravesando en carruaje todo el valle del Mosa (entonces no había ferrocarril a lo largo del Mosa), entre los verdes y floridos prados, entre los bosquecillos de árboles variados, álamos, hayas, fresnos, y las colinas pobladas de encinas, olmos, acacias y pinos. Una curiosidad natural se muestra en el mismo camino y sin revuelta : el Mosa se pierde, junto al pueblo de Bazeilles, descendiendo bajo la tierra, donde es reemplazado por una pradera y vuelve a aparecer varios kilómetros más lejos. La villa de

Neufchâteau, que no era entonces más que un conjunto de cuarteles creado por las exigencias de la defensa nacional, se elevaba graciosamente por encima del valle. Se llegaba así al pueblo de Domrémy, pobre aglomeración de un centenar de casas, y a la antigua casa de la virgen sublime que salvó a la Francia de la dominación inglesa.

El pueblo de Domrémy es bien francés, como su nombre lo indica, y pertenecía a la Champaña, justamente sobre la frontera de la Lorena. Es singular que se haya creído que la *Pucelle d'Orléans* era lorenesa.

No se puede visitar aquella humilde casa sin una emoción profunda. Aquellos muros que vieron nacer a la heroína (1), aquella habitación donde ella vivió, aquella ventana por la cual sus miradas buscaban el cielo, aquella pequeña iglesia donde ella oró, aquel cementerio donde ella esperaba reposar, aquel río en cuyas orillas soñó, aquella cuesta sobre cuya vertiente guardaba sus ovejas, la cresta poblada de árboles del *Bois Chesnu*, la fuente de las hadas, a mitad de la cuesta, y, junto a la casa, el jardín paterno donde ella oyó sus primeras voces y, por último el riachuelo de Mosa, que se desliza silenciosamente, todo eso nos transporta a los tiempos de uno de los episodios más extraordinarios de la historia de Francia y de la historia de la humanidad toda entera.

La Iglesia católica acaba de reparar el crimen cometido en su nombre, por el cardenal Winchester y el obispo de Beauvais, Cauchon, de infame memoria, beatificando a la pobre mártir. Pero hace mucho

(1) La casa de Juana de Arco ha sido restaurada religiosamente por los cuidados del rey Luis XI, sirviéndose de los mismos materiales.

tiempo que honran su memoria todas las personas honradas. El mismo día del suplicio, cuando se arrojaron al Sena las cenizas de su cuerpo, un secretario del rey de Inglaterra decía en alta voz al volver de presenciar el horrible espectáculo: « ¡Somos perdidos; hemos quemado a una santa! »

Diez mil hombres lloraban aquel día.

Juana de Arco era más que una santa. Debemos ver en ella un ser completamente superior, dotado de facultades trascendentales. Sería difícil encontrar en ningún libro, más prudencia, más justicia, más delicadeza, ni más intuición que en las respuestas que dió a todas las insidiosas preguntas que le fueron hechas, desde el primer paso de su carrera hasta su diabólico proceso y en su muerte. Unos jueces integros se hubieran visto en la imposibilidad absoluta de condenarla. Pero por encima de aquella inmutable prudencia, existían facultades de un orden sobrehumano, de sugestión, de adivinación y de premonición que dominaban a los seres y a las cosas. Eran las fuerzas psíquicas establecidas por otra parte por los estudios de que ya hemos hablado. La heroína de Domrémy nos prueba una vez más que la materia no es más que una apariencia grosera. El alma está en el fondo, el alma, emanación del Ser infinito, misteriosa y desconocida como él.

Yendo de Domrémy a los Alpes y de los Vosgos a Suiza, permanecía en las alturas. Las alturas del pensamiento son más elevadas aún que las montañas; ¡Pero qué sublimidad en aquellas alturas perdidas en el cielo y coronadas de nieves eternas! La Jungfrau, la célebre virgen de los Alpes, fué la que me atrajo primero, y a ella me dirigí por Interlaken.

Aquel viaje me hizo recorrer una parte de aquella admirable comarca, estudiar las montañas, contemplar los ventisqueros de los Alpes, los verdes valles y los lagos entonces silenciosos y solitarios. Allí se está en comunicación directa con la naturaleza. Los paisajes nos hablan y nos instruyen, y los habitantes, sencillos y honrados, son como los ecos tranquilos de la enseñanza de la naturaleza. Hoy, con la extensión de los caminos de hierro, la profusión fantástica de los hoteles, sus precios llegados a ser imposibles, la explotación de los viajeros por un pueblo de lacayos hambrientos, el reparto de los más bellos parajes y la invasión de los ingleses y de los americanos, no se encuentran ya soledades, todo es allí artificial, y la naturaleza parece haberse alejado gradualmente para dejar el puesto a las convenciones mundanas. Aquello no es ya un progreso.

Un viaje a los Alpes es una instrucción a la vez geográfica, climatológica, botánica y meteorológica. Es un libro lleno de enseñanzas.

A medida que nos elevamos, atravesando zonas de temperatura media decreciente, notamos la serie de árboles y de plantas que se suceden según el clima de las zonas, y hacemos en ocho o diez horas un viaje hacia el frío, absolutamente parecido al que podríamos emprender dirigiéndonos hacia los polos. Desde que una montaña pasa, en nuestros climas, de mil ochocientos o dos mil metros, la ascensión hace pasar en revista la curiosa sucesión de vegetales, hasta su desaparición completa.

A veces, como en Righi, los pinos que reinan solos en el último límite, se paran de pronto, empequeñeciéndose y disminuyendo de tal manera bajo la

acción del clima, que a la altura de un solo pino, por encima de los árboles extremadamente respetables, no se encuentran ya más que arbustos y malezas.

A veces, como en el San Gotardo, después de haber subido durante horas y horas rocas desnudas y estériles y seguido los abismos de un desierto salvaje surcado de torrentes de ruidosas cascadas, y después de haber dejado los bancos de hielo eclipsarse detrás de las desgarradas crestas, se llega a verdes pastos, regados por un agua cristalina y desplegados como opulentas praderas sobre aquellas elevadas mesetas.

Pero allí espera también un gran contraste al ojo del observador. Aquellos verdes prados se extienden hasta las negras rocas o hasta las brillantes nieves sin que un solo árbol dé allí su sombra y sin que ninguna rama de tembloroso follaje invite a la contemplación y al descanso.

Lo que más profundamente impresiona el espíritu humano en la naturaleza de aquellos gigantes de piedra, de pie ante las naciones, es la obra que llevan a cabo en silencio en su inmovilidad secular.

Reyes de la Atmósfera y hermanos del Océano, a ellos es a los que está reservado el cuidado de distribuir en la tierra la savia de las existencias.

Las nubes elevadas del seno de los mares van a condensarse en estado de nieve sobre las cimas alpestres que las detienen, y sucesivamente amontonan un agua sólida, que resiste allá arriba a los torbellinos de la naturaleza. Aquí y allá, los bancos de hielo adormecidos en las alturas silenciosas se despiertan; una fuente murmura, y joven, fresca, infatigable, se abre un camino cantando. Llama a sus

hermanas, y he aquí que varios hilos delgados de un agua plateada se reúnen y corren juntos hacia los bellos campos que ya se perciben. De cresta en cresta saltan y caen en cascadas nevosas, y de roca en roca descienden hasta las mesetas donde se convierten en torrentes espumosos. He aquí lagos transparentes rodeados de sus montañas. Las nubes se miran en ellos al pasar. ¿No son gemelos la nube y el lago?

Las orillas escarpadas balancean sobre aquel espejo las ramas de las plantas, y sus rocas desnudas reflejan en el mismo sus salvajes flancos. Pero el agua continúa buscando las llanuras bajas, que la llaman sin cesar. Forma entonces esas corrientes de agua que desempeñan un papel tan grande en la historia política de las naciones, así como en la historia natural del globo.

Los viajes instruyen y reposan el pensamiento. Desgraciadamente no pueden durar siempre. Al regresar a París, empecé con nuevo ardor mis trabajos, mis investigaciones astronómicas, mis clases de la escuela Turgot y mis conferencias.

*
* *

El éxito de las conferencias del boulevard des Capucines me había creado varios enemigos interesantes, especialmente Pascual Grousset y Arturo Ranc, que me lanzaban de cuando en cuando, en los periódicos, pequeñas flechas que ellos creían envenenadas. Afirmaban que todos los hombres son iguales, que las ideas anarquistas deben imponerse a nombre de la libertad, que Dios y el alma no son más que palabras y que los escritores que dan a

estas palabras un sentido real son unos cómicos. Receloso, atrabiliario y descontento de todo, Ranc tenía por máxima: « No se discute con sus adversarios; se les suprime. » Estos dos demagogos fueron un poco más tarde notablemente intransigentes en el seudo gobierno de la Commune. Fueron condenados a muerte, y después se hicieron nombrar, el primero diputado socialista del Sena, y el segundo senador no menos socialista y no menos radical. Por lo que a mí respecta, socialista de otro orden, no reconocí en ellos sino sectarios intolerantes, no respondí jamás una palabra a sus ataques, y les consideraba como los mayores adversarios del progreso y como los preparadores de todas las reacciones. Suprimir el ideal es quitarle el aire a los pulmones, y todos deseamos respirar. Sin el 93, la Francia no hubiera tenido el Imperio, Bonaparte no hubiera dejado el puesto a Napoleón, la República hubiera durado, y la Europa entera hubiera sido republicana.

Me gustaba llevar oradores nuevos a la sala del boulevard des Capucines, y un día quise hacer hablar en ella a un camarada, Carlos Cross, talento excesivamente original y de un valor generalmente no comprendido. Había nacido el mismo año que yo y habíamos hecho una amistad muy íntima viajando frecuentemente por las mismas regiones intelectuales. Cuando, después de la guerra, se organizó en Francia un ejército nacional, con reservistas y territoriales, sucedió que nuestra quinta fué la primera exenta de un servicio militar cualquiera, y al entrar en la alcaldía de Montrouge, en París, para compartir el mismo almuerzo, charlamos a cuanto podía alcanzar nuestra vista sobre la parada producida en la marcha

de la humanidad por el buen resultado de la ambición bismarckiana. Poeta por momentos, el autor del *Coffret de Saltal* cultivaba las ciencias, y sobre todo la astronomía, participando enteramente de mis convicciones sobre la habitabilidad de los astros. En



CARLOS CROS (1842-1888)

física, inventó el fonógrafo y un ingenioso procedimiento de fotografía en colores. Era una verdadera alegría espiritual hablar con él; su audacia tenía alas vibrantes, y a veces parecía perderse completamente en los abismos infinitos. Ensayamos juntos obtener por las experiencias espiritistas algunas claridades sobre la habitación de otros mundos, sin ningún

resultado. En el mes de mayo de 1869, después de haber discutido sobre la posibilidad de una comunicación óptica entre la Tierra y los otros mundos, le invité a que fuera a hablar a la sala del boulevard des Capucines. A la vez audaz y tímido, no aceptó sino a condición que yo le presentaría a mi auditorio habitual. Un sábado pues abrevié mi conferencia para dejarle una buena media hora y tuve el gran placer de hacer aquella presentación.

He publicado aquella conferencia en mi pequeño libro *Excursiones por el cielo*; pero el tema fué demasiado curioso para que no se digan de él aquí algunas palabras.

Se trataba de producir, con focos eléctricos, una estrella artificial, que, vista desde Marte, fuera de octava magnitud por lo menos, y así podría ser, por consiguiente, perfectamente vista por los astrónomos de dicho planeta, suponiendo que existen y que tengan ojos e instrumentos análogos a los nuestros.

He aquí el razonamiento de Carlos Cros :

§ 1. Imaginemos que los hombres han realizado el proyecto. Los habitantes del planeta Venus o los de Marte, pueden percibir, sobre el borde obscuro del disco de la Tierra, un punto luminoso. Es la señal que le dirigen los hombres de la Tierra.

Los interrogados de esta manera, creerán quizás, en primer lugar, que el punto luminoso es, o un volcán en actividad, o cualquier otro efecto óptico inexplicable, en una palabra, un fenómeno natural donde no se manifiesta otra voluntad que la insondable Voluntad universal. Por consecuencia, si la señal permaneciera así, como un punto inmóvil y continuamente brillante, nada impediría que se la considerase como un nuevo hecho de astronomía, digno de ser notado y registrado, y nada más.

§ 2. Importa pues que la señal no tenga este carácter

sino que sufra modificaciones tales que su origen *deseado* y su fin no permanezcan dudosos.

Estas modificaciones serán simplemente intermitencias especiales que vamos a determinar.

§ 3. La primera noción a cambiar es la de una *numera- ción*.

Ahora bien, las primeras señales deben ser tales que tengan un carácter en cierta manera *vivo* y que expresen la ley de la numeración de que se hará uso ulterior- mente.

Las cifras elementales serán : relámpago simple, relámpago doble, triple, etc.

§ 4. Si nos limitamos a tres signos elementales, he aquí el orden de las apariciones, tal como deberán ser en las primeras señales ; las apariciones están represen- tadas por puntos cuyos intervalos son proporcionales a las duraciones de las desapariciones :

• • • • •
• • • • • etc., etc.

Es decir :

1, 2, 2; 1-1, 1-2, 1-3 ;
2-1, 2-2, 2-3 ;
3-1, 3-2, 3-3; etc.

El estudio más sumario de esta serie revela su ley. Es una continuación de grupos diferentes compuestos de uno, de dos, de tres términos elementales, y así sucesiva- mente; y estos términos elementales son de tres es- pecies solamente : el relámpago simple, el relámpago doble y el relámpago triple. Se substituyen los unos a los otros en tal término de grupos consecuti- vos, según su orden de tamaño. Este sistema puede con- tinuarse indefinidamente y servir de esta manera para representar la serie de los números naturales.

Aquí el autor entra en detalles geométricos indi- cando diferentes medios de hacer práctica esta co- municación. Sin insistir más, he querido recordar a

mis lectores esta creación imaginaria del ingenioso espíritu de Carlos Cros.

La descripción del fonógrafo inventado por él fué depositada en la Academia de Ciencias el 30 de abril de 1877, sin que se le prestara atención a pesar de todo su interés. Faltaba un constructor, es decir un capi- talista. Siete meses después de esta presentación, el 16 de diciembre de 1877, el americano Edison to- maba posición ante la misma compañía. Edison en- contró en ello la fortuna y la gloria ; Carlos Cros murió pobre y casi desconocido.

Este espíritu tan original era un verdadero genio, separado, por otra parte, preciso es decirlo, de todas las convenciones sociales y viviendo en plena liber- tad. En este momento viene a mi imaginación tam- bién el recuerdo de un espíritu imaginativo de valor mucho menor, Julio Allix, cuyo nombre he citado ya a propósito de las experiencias espiritistas de Victor Hugo en Jersey, a las cuales asistió y que fué después miembro de la Commune, condenado a muerte y que no murió sino recientemente en el último término de la vejez, en su pobre domicilio de la rue Tiquetonne. Simple soñador, Allix ha sido el inventor de los « ca- racoles simpáticos » que tanto distrajeron en París hace unos sesenta años. Mi amigo el poeta Augusto Dorchain, que habló en mi casa, en Juvisy, con este extraño inventor, cuenta tan bien esta historia, que le dejo la palabra, suprimiendo la excesivamente elogiosa relación de este encuentro.

« Supongamos que desea usted establecer la comunica- ción entre París y Burdeos. Se procura usted, uno para Burdeos, y otro para París, dos pianos iguales, de veinticinco notas cada uno y de los que cada una de las teclas

será marcada con una de las veinticinco letras del alfabeto. Previamente se habrá usted procurado cincuenta caracoles, que serán apareados dos a dos por el orificio de la concha, a fin de que se impregnen bien con sus mutuos flúidos. Cuando advierta usted que se ha establecido de esta manera una profunda simpatía entre los dos animales, se les separa y se coloca cada uno de ellos sobre la tecla correspondiente de ambos pianos. Guarnecidas así veinticinco teclas en cada puesto, no queda más que servirse del telégrafo, lo cual es sumamente sencillo. Quiere usted transmitir, por ejemplo, la letra B, tocará usted, en París, la tecla B; el caracol B, que, como todos sus colegas, es sensible a la música, sacará inmediatamente sus cuernos para expresar su satisfacción; y, ahora, ¿tengo necesidad de añadir que en el mismo segundo, por simpatía, el caracol B de Burdeos, sacará igualmente los cuernos?

Julio Allix, como he dicho, no era sino un soñador inofensivo. Ilustres sabios pueden a veces llegar a ese mismo estado, como vamos a ver.

*
* *

Un escándalo literario y científico de una audacia inaudita salió de las Memorias de la Academia de Ciencias en 1867, y duró hasta 1869. El geómetra Miguel Chasles, miembro del Instituto, abrió el fuego en la sesión de 8 de julio de 1867. Aficionado a los autógrafos, y engañado por un falsario, presentó sucesivamente en la Academia pretendidas cartas de Pascal y de Newton, que tendían a probar que Pascal había adelantado a Newton en el descubrimiento de la gravitación universal. En cada sesión hebdomadaria, llovían en las oficinas de la Academia autógrafos de Pascal, de Galileo, de Boulliaud, de Casini, de Huyghens, de Montesquieu, de Bernoulli, de Fonte-

nelle, de Maupertuis, de Leibniz, de Luis XIV, etc., la mayor parte en contradicción completa con la verdad histórica. El falsario había conseguido vender al cándido académico por la respetable suma de 150.000 francos, 27.320 documentos pretendidos autógrafos emanados de 660 personajes diferentes. Entre todas estas cartas fantásticas, las había de Thales, de Pitágoras, de Anaxímenes, de Safo, de Alejandro el Grande, de Arquímedes, de Cleopatra, de Julio César, de Vercingétorix, de Lázaro el resucitado en San Pedro, de María Magdalena, de Calígula, etc., todas escritas *en francés!*... Verdaderamente no se sabe qué es lo más admirable en este caso, si la audacia del falsario (Vrain Lucas) o la credulidad del sabio geómetra. ¡Thales, Pitágoras, Julio César y Lázaro escribiendo en francés! Por lo que respecta a los autógrafos del rey Dagoberto, de Carlomagno, de Alcuin y de Gregorio de Tours, pase, si no se examina la cosa de cerca; pero por lo que respecta a los griegos, los romanos, los hebreos y los galos, ¿páginas escritas en lengua francesa, no es eminentemente cómico? La comedia duró hasta el 13 de septiembre de 1869, fecha en la que Miguel Chasles reconoció en fin sus ilusiones. Le Verrier, y esta es una justicia que debe hacerse, tomó la mayor parte en el hundimiento de esta romanescas historia.

Entre las afirmaciones contenidas en aquellos papales apócrifos, una sobre todo me había llamado extremadamente la atención.

Según aquellos manuscritos, Luis XIV hizo escribir por Casini, el primer director del Observatorio de París, una biografía científica de Galileo, y el mismo

rey-sol hubo de escribir una noticia sobre este astrónomo. Para el que conoce la ignorancia de Luis XIV, la cosa era inadmisibile. Esta pretendida noticia fué impresa en las Memorias de la Academia de Ciencias del primer semestre de 1869. Según ella, Galileo descubrió en 1639 el planeta Urano, que, como se sabe, no fué descubierto sino en 1784, por William Herschel. Y aun el nombre de Urano había sido dado a este planeta por indicación de Luis XIV, que había tenido conocimiento de la noticia escrita por su bisabuelo sobre los descubrimientos de Galileo. En 1639, Urano se había encontrado en conjunción con Saturno, y en la misma constelación del zodiaco que él.

Justamente sorprendido de estas pasmosas revelaciones, tuve la curiosidad de visitar a M. Chasles para pedirle ver aquellos documentos, después de calcular las posiciones anteriores de Saturno y de Urano, y de construir para cada uno de estos dos planetas una carta representando su marcha anual y secular a lo largo del zodiaco. Habiendo podido determinar las posiciones de los dos astros desde el año 1600 hasta nuestra época, comprobé fácilmente que al contrario de las aserciones de los documentos, Saturno y Urano no se encontraron en el mismo punto del cielo en 1639, ni hacia dicho año siquiera. En efecto, en 1639 atravesaba Saturno la constelación de Capricornio y Urano la de la Virgen: había más de 90° de distancia angular entre los dos planetas. Estos dos astros se habían encontrado en 1623, en el Cáncer.

Los lectores a quienes interese esta cuestión encontrarán esta figura de las posiciones de Saturno con relación a la Tierra en la página 483 de mi *Astro-*

nomía popular. Antes la había publicado ya en el *Magasín pittoresque*.

Convencido M. Chasles de la autenticidad de sus cartas de Galileo, fechadas de 1639, no quiso rendirse á la evidencia que yo le hacía tocar con el dedo, y continuó comprando autógrafos falsos. Las

Julij Cesar d'uchief des Gaulois.
 Venoy de uoy un peu ame qui t'edira
 le but de mon voyage si uous courir de
 mer vouldes la terre que te uen d'astre con
 en uain que tu la uouldras de fardre tu
 et brues ne le say coant aussy le serai
 Ap laist aus dieux ans. rend moy ter
 ans ou pri pare toy a on batre uider
 Rel de julius Julij Cesar.

[Pretendido autógrafo de Julio César.

cartas estaban habilísimamente falsificadas, amarillentas del tiempo, deterioradas en los dobleces, con indicaciones postales, etc. Sin embargo, varias de aquellas imitaciones eran formidablemente audaces, entre otras la que reproduzco aquí para curiosidad de mis lectores. Es un desafío de Julio César a Vercingétorix, escrito en francés antiguo, antigua escritura, bien imitada y que será más fácil leer impresa:

Julii Cesar au chief des Gaulois.

J'envoy devers toi un mien amé qui te dira le but du mien voyage. Je veux couvrir de mes souldats la terre qui t'a veu naistre. C'est en vain que tu la voudras défendre. Tu es braves, je le say; mais aussy le serai s'il plait aux dieux. Ains rend moy tes armes ou prépare toy à combattre. — VI des Kal. de Jullius.

JULY CÉSAR (1).

La ignorancia del falsificador es tan crasa, que no solamente hace escribir a César en francés con palabras inventadas mucho tiempo después de los romanos, sino también que le hace firmar *César* en lugar de *Cæsar* y emplear como fecha el mes de julio, creada por Marco Antonio en su honor, después de su asesinato y sus funerales!

La conferencia que hice sobre el particular en el boulevard des Capucines para variar un poco mis temas tuvo un éxito de hilaridad que sentí porque, en el fondo, teníamos la más profunda estima por el sabio geómetra y una verdadera tristeza de su necesidad. Los sabios son honrados por su misma naturaleza. De otra manera no existiría la ciencia. No piensan que la humanidad cuenta entre sus filas bribones, mentirosos, cómicos, falsificadores, fulleros y timadores, y que a sus expensas es como adquieren la experiencia de la vida. Confesemos sin embargo que la credulidad tiene su límite.

(1) Julio César al jefe de los galos: — Te envío un amigo mío que te dirá el objeto de mi viaje. Quiero ocupar con mis soldados la tierra que te vió nacer. En vano querrás defenderte. Sé que eres bravo, pero también lo seré yo si place a los dioses. Así, ríndeme tus armas, o prepárate a combatir. — VI de las Kalendas de Julio.

JULIO CÉSAR. (N. D. T.).

Aquellas conferencias como mis clases de astronomía popular en la Asociación politécnica habían añadido á la notoriedad de mis escritos la de propagador de las mismas enseñanzas por la palabra, y recibí numerosas y apremiantes invitaciones para ir a dar conferencias en varias ciudades de Francia, tales como el Havre, Ruán, Lisieux, Evreux, Lyon, Marsella, Lila, Epernay, así como a Bruselas, Amberes, Ostende, Brujas, Gante, Verviers, etc. A pesar de mis trabajos, cada vez mayores, me decidí a ello. Bélgica me acogió con un tal entusiasmo, que me encontré obligado a ir allá tres años seguidos, en 1868, 1869 y 1870. En Bruselas, me alojé primero en el Observatorio, en casa de su venerable y sabio Director Adolfo Quételet, antiguo amigo de Arago y de Humboldt. ¡Qué patriarcal familia! ¡Qué recuerdos científicos! Su hijo Ernesto se le había asociado para las observaciones astronómicas. A Adolfo Quételet se deben considerables trabajos sobre la meteorología, la física del globo y la estadística. Las anécdotas eran variadas en las conversaciones de por la noche. Me acuerdo de la primera noche que dormí allí, por haber encontrado sobre mi almohada un gorro de algodón. Al día siguiente, en el almuerzo, el célebre Director, que era presidente de la Academia de Bélgica, me dijo a quemarropa: ¿Usted se acuesta con la cabeza desnuda? — En efecto, lo respondí, jamás llevo nada sobre la cabeza, ni de día ni de noche y, hasta en la calle, me cuesta trabajo conservar en ella mi sombrero. — Bien se ve que usted pertenece a una nueva generación. Antiguamente se creía de obligación dormir con un gorro de algodón para no resfriarse. La primera vez que M. Arago se acostó

aquí, en la misma cama que usted ocupa, al desearle una buena noche, le ví un poco embarazado. No había visto en la cama el gorro de algodón. — ¿Le falta a usted alguna cosa, señor Arago? le dije. — Escuche, me respondió dulcemente. Tengo la costumbre de dormir con la cabeza cubierta. — Precisamente como yo, le repliqué. — ¿Entonces?... — He lo aquí, le dije mostrándole el famoso gorro. ¡Buenas noches! Voy a ponerme el mío ».

El Observatorio de Bruselas se hallaba entonces en la ciudad, junto al jardín botánico, y poco a poco fueron construyéndose allí casas que encerraron el templo de Urania en un cuadro demasiado estrecho. Desde entonces, el Real Observatorio de Bélgica tuvo que emigrar al campo, y desde el año 1890 está instalado en Uccle, no lejos de la capital del pequeño reino.

En 1869 y 1870, invitaciones apremiantes me dieron ocasión de alojarme en casa de nuevos amigos, especialmente en la de la familia de Bassompierre, en la de Vauchez, el hermano del secretario general de la Liga de la enseñanza, y en la de la familia Gillis, cuyas cuadras y cocheras rivalizaban con las del rey. Otros recuerdos afectuosos me ligaban, en Amberes, al astrónomo Adolfo de Boë, venerable de la Logia, a la familia de Harven, a la familia de Steenveld y otras, y, en Verviers, al excelente Ernesto Gilon, fundador de las bibliotecas populares. ¡Qué encantadoras fiestas en todas aquellas ciudades belgas tan variadas, qué reuniones, qué flores vivas, qué lujo de tocados, — y sobre todo, añadiré, qué banquetes, particularmente para un convidado que ha sido siempre más astrónomo que gastrónomo!

Me atreveré a consignar el recuerdo de que en Verviers, el viernes santo es un día de francachela y comilona « de vigilia » extraordinario, formidable, pantagruélico y regado de vinos succulentos. Todo el mundo sabe, por otra parte, que los mejores vinos de Francia se beben en Bélgica. Sin embargo, esta manera de conmemorar el aniversario del suplicio de Jesús me pareció más pagano que cristiano.

Un recuerdo de Amberes no puedo verdaderamente olvidar. Es mucho más reciente y posterior en varios años a la guerra. Recibía la más graciosa hospitalidad en casa de la familia de Harven. Emilio de Harven era un perfecto caballero, y su esposa era la más cumplida de las dueñas de casa, dirigiéndolo todo con un tacto exquisito sin parecerlo. Por sí sola dirigía la educación y la instrucción de seis preciosas niñas escalonadas desde cuatro a diez y seis años. Una mañana, hacia las diez, entraba yo en la sala de estudios y ví seis pequeñas mesas que se elevaban escalonadas, una detrás de la otra, la más pequeña abajo y la mayor arriba, y las niñas escribiendo un dictado de la madre. A mi llegada, todas se levantaron, como obedeciendo a una correcta disciplina, y la señora de Harven me invitó a que examinara sus cuadernos. Ninguna escuela estaba seguramente mejor regida.

Las exigencias de la vida arrojaron a todas aquellas jóvenes al torbellino del mundo, lejos de su país natal, desde el Canadá hasta el Japón. La mayor, que lleva el nombre de la heroína de la guerra de Troya y que es hoy madame Mauricio Fouché, me contó una historia que me pareció en primer lugar increíble. Pero dados su carácter y su indiscutible leal-

tad, no podía por menos de admitirla. Volvía de un viaje al Canadá. En Winnipeg, me afirmó, la electricidad atmosférica se encuentra en un alto grado de tensión, las auroras boreales son frecuentes (ella dibujó y pintó varias muy bellas), y se puede encender un mechero de gas aproximando simplemente el dedo, de donde salta una chispa.

Sarah Bernhardt me había ya referido el mismo hecho; pero varios habitantes del Canadá me habían declarado que había en ello ciertamente alguna ilusión o algún error. Sin embargo, el Canadá es grande, más extenso que la Europa, y los ciudadanos de Québec y de Montréal pueden ignorar lo que ocurre en Winnipeg, lo mismo que se puede ignorar en París lo que ocurre en San Petersburgo. He aquí lo que me refirió mademoiselle Elena de Harven, lo cual es un punto de instrucción para todos los lectores.

« Era en invierno. El termómetro sube allí, en verano, hasta 38° centígrados, y desciende en invierno hasta -42°.

« Cuando me aproximaba a Winnipeg donde mis parientes, establecidos en dicha ciudad, me habían invitado a ir con ellos, veía desarrollarse la pradera hasta perderse de vista. Estábamos en diciembre, y la nieve había empezado a caer. Hasta más allá de los límites visibles y como un mar fijo, la pradera se extendía, desierta y uniforme. En los sitios donde el viento había rozado el suelo, la nieve polvorienta y graneada, había sido barrida como la arena, y dejaba estrias parecidas a las de las mareas sobre las playas.

« Sin embargo, las habitaciones se escalonaban a lo largo de la vía férrea. El Manitoba se puebla y me distraigo en mirar los penachos de humo con que se coronan las chimeneas; parecen exactamente grandes plumas de avestruz inclinadas por la brisa; a contraluz, sus masas negruzcas se ribetean de plata; se las creeria sólidas e

incapaces de fundirse en el aire. La noche viene; las sombras se tiñen de indigo puro; el Sol, sombrío, muy rojo, lanza, detrás de la línea del horizonte, haces luminosos que suben al zenit y de pronto se ahogan en la noche.

« Llego a Winnipeg donde me esperan mis amigos; me encuentro en una vasta habitación provista de grandes ventanas dobles, sin visillos ni cortinas; mis pies se hunden en blandos tapices y, a pesar de la impresión un poco sofocante del calorífero, el aspecto de aquel interior civilizado me reconforta. Recibo una acogida calurosa; mi primo adelanta con solicitud y me tiende la mano; como me he quitado los guantes, siento al contacto de su mano como una picadura en la palma de la mía y una sacudida en el codo. En cuanto a mi prima, para manifestar sin duda la alegría que sentía de verme, ejecutó una especie de vals alrededor de la habitación, y me presentó su mejilla. « ¡Bésame, pues! » insistió; inocentemente le doy el beso reclamado: la misma punzada aguda me atraviesa los labios y me hace saltar...

« Aquellos diablillos se rien de mi estupor y de mi ignorancia. Bien experimentados, conocen, como todos los habitantes del país, el poder de los efluvios eléctricos; saben que por todas partes, a nuestro alrededor, a los menores frotamientos de los cuerpos, se siente, se ve y se oye la electricidad ambiente en forma de relámpagos en miniatura.

« Bien pronto me inicié en el juego, y he aquí la experiencia que hice inmediatamente:

« Se me hizo andar rápidamente y arrastrando los pies, evitando tocar ni aun con el borde de mis vestidos ningún mueble ni ningún objeto, a fin de concentrar en mi misma el flúido acumulado; — esto me explicó el sentido del vals anterior. — Se abrió un mechero de gas; toqué el orificio con la punta de mi índice... Instantáneamente y con un pequeño ruido seco, surgió la chispa azulada. El gas se inflamó y... la luz se hizo! »

Esta descripción me interesó tanto, que rogué a mademoiselle de Harven que nos hiciera sobre este punto una pequeña conferencia en la Sociedad astro-

nómica de Francia. En efecto, la hizo, el 2 de marzo de 1904, y la sesión fué presidida aquella noche por uno de los físicos más competentes del mundo entero, M. Gabriel Lippmann. Todo el auditorio se interesó tanto como yo. Un físico ya célebre igualmente, M. Ch. Ed. Guillaume aprovechó aquella ocasión para demostrar que los fenómenos eléctricos atmosféricos debidos a una gran sequedad del aire son frecuentemente observados en diversos países, y especialmente en Egipto. El conocimiento de estos fenómenos parece remontar a una época muy remota, porque, leyendo atentamente la descripción del Arca de la Alianza, construida según los planos de Moisés, hace poco más de 3.000 años, se admite fácilmente la idea de que debió ser constituida a manera de un condensador eléctrico, en el que dos conductores están separados por una lámina aisladora. El conductor inferior estaba en comunicación con el suelo, mientras que el conductor superior tomaba el potencial del aire, sea por las puntas que terminaban las alas de los ángeles colocados sobre el Arca, sea más fácilmente aun por las llamas de las lámparas encendidas colocadas en el Arca. Estaba prohibido tocar a ella, porque Dios mataba por medio del rayo a los delincuentes.

Un instrumento así constituido y colocado en un lugar donde el potencial varía rápidamente en función de altura, daría sin duda serias conmociones a las personas que le tocasen por la parte superior sin haber tomado la precaución de establecer previamente una comunicación con la tierra. En efecto, el Arca parece haber poseído esta propiedad.

Mis conferencias de Bélgica nos han conducido al Canadá. Volvamos pues a París.

XXVI

Muerte de Allan Kardec. Mi discurso sobre su tumba. — Décimasegunda obra : *Contemplaciones científicas*. — Nuevas conferencias en Bélgica. — Bajada a una mina de carbón. — El Observatorio de Paris y la destitución de Le Verrier.

El 31 de marzo de 1869, el jefe de la escuela espiritista, Allan Kardec, murió repentinamente, a la edad de 65 años, y el 2 de abril era inhumado en el cementerio del Norte. Anteriormente he referido cómo había entrado en relaciones con él, en el mes de noviembre de 1861. Aunque mis trabajos no me habían permitido la asiduidad a las reuniones de la Sociedad espiritista de que él era presidente fundador, la junta directiva de dicha Sociedad vino a pedirme, en su nombre y en el de madame Allan Kardec, que presidiera aquellos funerales civiles y pronunciara un discurso. Desde hacía algún tiempo me había distanciado un poco de aquellas doctrinas, por no admitir que el espiritismo pudiera ser la base de una religión antes que los fenómenos fueran científicamente demostrados y explicados. Sin embargo, acepté aquella honorable invitación y pronuncié un discurso del que quizás es aquí el sitio de citar